

UN MUNDO **IN**FELIZ

LO QUE EL PODER
ESCONDE



**BRUNO
CARDEÑOSA**

CÚPULA ENIGMAS

BRUNO CARDEÑOSA

**UN MUNDO
INFELIZ**

LO QUE EL PODER ESCONDE

CÚPULA ENIGMAS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Bruno Cardeñosa, 2014

© de las fotografías del interior: © de las fotografías del interior: Bruno Cardeñosa, excepto: Adam Jones (p. 22); Mark Krausse (p. 25); Nada B/Shutterstock (p. 35); Ejército de los EE. UU. (p. 56); Departamento de Estado EE. UU. (p. 113); Wikimedia Commons (pp. 126 y 128); Casa Blanca (p. 135); Filip Fuxa/Shutterstock (p. 138); Dona_Bozzi/Shutterstock (p. 144); Lizette Potgieter/Shutterstock (p. 150); 360b/Shutterstock (p. 151); Sergey Kamshylin /Shutterstock (p. 172); A_Lesik/Shutterstock (p. 174); arindambanerjee / Shutterstock (p. 220); Wikimedia Commons (p. 246); Librería del Congreso (p. 250); Richard Sears (p. 253); Sheyla Allen (p. 255); Gobierno de Guinea (p. 295)

Diseño de cubierta: Adrià Moratalla

Primera edición: noviembre de 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2083-5

D. L.: B. 23.956-2014

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Introducción	11
La paz es barata... ¡viva la guerra!	13
Genocidio	21
La guerra del coltán	29
Diamantes de sangre	37
Invertir en hambre	43
Los piratas de Somalia	51
Entre la obesidad y el azúcar, mentira gorda, gorda	59
Oro blanco	67
Un viaje tras la pista del otro oro negro	75
Oro azul	91
Los mitos del agua	101
Ébola	107
Gripe	115
Esterilización forzosa, ayer y hoy	125
Premio Nobel a la Paz... a la mejor guerra	133
Mina de Soma	141
Drogas en los despachos	147
Tolerancia cero	155
La Guerra Fría de Ucrania	165
El terrorismo como excusa	177
Saddam, el anticristo	187
Un polvorín llamado Irak	199
Tsunami	207
El imperio del sol naciente	213
El terremoto de Haití	219

El canal «imperial» de Panamá	227
Hostigamiento	237
Rockefeller: el clan más poderoso de la historia	243
El lado oscuro de los Kennedy	251
Madiba	257
El petróleo del Sahara	265
Las mentiras del reino de Jordania	275
Los gitanos de Palestina	281
Tuareg	287
Aquel negrito del África tropical	293
Gowex	303
Enron	311
El origen de Europa	321
Lobby	331
Los nuevos dueños de tu propiedad	337
El verdadero rostro del FMI	345
Decrecimiento	351
La vacuna mortal (es que es buena)	359
El síndrome de Sisi	365
Entre la sinrazón y la sinrazón	371

LA PAZ ES BARATA... ¡VIVA LA GUERRA!

No cabe civilización alguna sin estabilidad social. Y no hay estabilidad social sin estabilidad individual. Estabilidad —insistió el Interventor—, la necesidad primaria y última. Estabilidad. De ahí todo esto.

No te engañes. Ser estable no es ser ordenado, justo, coherente... Es todo lo contrario. Es hacer que los comportamientos e ideas más injustos y falsos alcancen la esfera de la normalidad y todos los sigan como «lo que hay que hacer y pensar». Ese es el objetivo del poder. Nadie dicta la norma. Simplemente se pone en marcha. Y todos vamos detrás.

La paz es barata y la guerra cara. Por tanto, hagamos la guerra.

Esta es la conclusión del informe Iron Mountain que, en teoría, fue realizado tras la reunión que mantuvieron en 1963 varios grandes mandatarios en las instalaciones antiatómicas situadas bajo una montaña en el estado de Michigan. Sobre la autenticidad del documento que salió de la reunión efectuada por estos sabios se ha discutido mucho. El gran inconveniente es que quienes se antojan como los autores del informe serían los hombres que durante un tiempo condujeron los hilos que movían el mundo. Parece una profecía autocumplida.

La reunión de los quince sabios que se efectuó en Iron Mountain, nombre con el que se conocía el refugio, tuvo lugar a partir de agosto de 1963. Habría sido auspiciada por el presidente de

Estados Unidos John Fitzgerald Kennedy y, especialmente, por Lyndon Johnson, entonces vicepresidente y que representaba mucho más al poder económico y militar que el hombre que sería asesinado poco después.

Las reuniones del grupo se extendieron durante cerca de dos años. Se propusieron cosas terribles. Los especialistas congregados, personas vinculadas a los servicios de inteligencia y a la política, estudiaron la posibilidad de sustituir nuestro sistema de guerra, basado en la existencia de amenazas para la estabilidad, por un sistema de paz basado en la inexistencia de enemigos globales. De hecho, el informe se tituló *Sobre la posibilidad y conveniencia de la paz*. El nombre lo dice todo...

Entre otras cosas, los expertos concluyeron que la propia naturaleza humana lo impide, porque quiebra uno de los principios de nuestra supervivencia como especie, que asegura que el hombre postneolítico destruye los excedentes de su propia especie a través de la guerra. Es decir, que el conflicto armado es una necesidad del hombre para demostrar su fuerza. Y contra esa necesidad no hay nada que hacer.

La conclusión de los reunidos es que la cultura bélica es consecuencia del desarrollo de las civilizaciones, y esa cultura, en pleno siglo XX, genera un movimiento económico que es vital para sostener el sistema. Así, los miembros del grupo valoraron si el peso económico de una cultura de paz alcanzaría los niveles monetarios actuales y necesarios. Y es entonces cuando concluyeron que «la paz es barata» y que un sistema sin enemigos no reemplazaría a un sistema monetario ágil, como el que nace del sistema de guerra. Un mundo en paz, para ellos, resulta un mundo indeseable.

Los expertos llegaron a estas conclusiones tras diseñar un mundo—y antes o después podría ser así si no se hacía nada para evitarlo— en el que no habría enemigos clásicos. Para el futuro, los autores del informe dijeron que sería necesaria la creación de nuevos enemigos y amenazas que se podrían sostener si se ejecutaban precisos juegos de guerra que convencieran a la opinión pública de las nuevas amenazas y que permitieran al poder actuar a partir de la creencia en su realidad. «La guerra es y será el mecanismo estabilizador de las sociedades», decía el informe.

Para conseguirlo, se plantearon que era necesario fabricar causas que provocaran niveles óptimos y mínimos de destrucción de vida, propiedad y recursos naturales como requisito para lograr la credibilidad de dicha amenaza. En cierto modo, el documento estaba anticipando un mundo en el cual ya no existía la guerra fría ni el muro de Berlín. Para ellos, la inexistencia de «malos» era poco recomendable.

La amenaza de la destrucción del planeta o incluso la amenaza exterior podrían ser caminos óptimos para encontrar ahí a los nuevos enemigos. Esas amenazas, dice el informe, logran cohesión social, y gracias a ello se acepta mejor la autoridad política. Por supuesto, para hacer real esa amenaza es vital pagar un precio en sangre, así que se recomienda trabajar en una dirección: hacer que el desarrollo se convierta en una forma de esclavitud, de modo que se admita que, para vivir como vivimos, es necesario embarcarse en aventuras bélicas contra los nuevos malos. «Es un mecanismo absolutamente necesario», reza el informe.

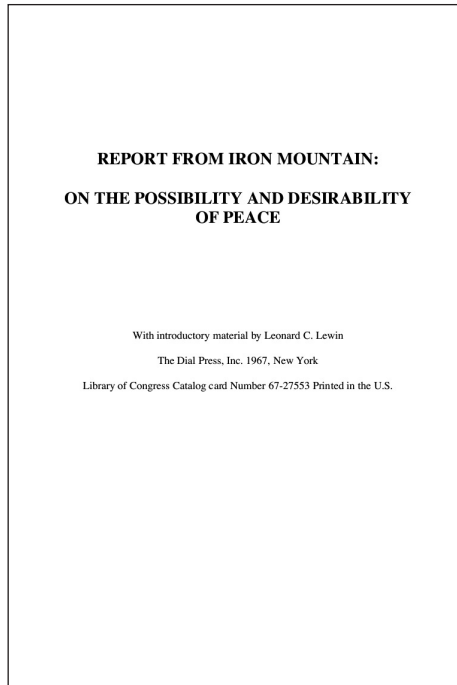
Según el escrito, la guerra cumple varias funciones. La primera es económica, puesto que favorece la ampliación del PIB (Producto Interior Bruto) personal y nacional. Y además, ofrece un registro positivo en cuanto a la productividad individual. Por otro lado, el informe señala que las sociedades conflictivas deparan Estados más fuertes y los ciudadanos se convierten en una suerte de presuntos gobernables. Además, en el plano social, los conflictos entre culturas y naciones evitan la existencia de disidencias internas con penetración social y las tendencias antisociales, además de que pueden emplearse para fortalecer la cultura en los sectores más pobres. Y no sólo la cultura, sino que también la ciencia sale beneficiada, ya que se investiga más y se crea más. Pero que nadie se lleve a engaño: la cultura y la ciencia estarían dirigidas y controladas desde arriba.

Lo dicho: hagamos la guerra.

El informe Iron Mountain fue publicado, a riesgo de la vida del filtrador, se decía, a finales de los años sesenta. Incluso el periódico *The New York Times* lo dio por válido, ya que se mencionaban nombres y datos que lo ligaban a algunos de los grupos de poder e ideológicos más relevantes. El periodista Leonard

Lewin lo publicó de nuevo en 1996, treinta años después, aunque sugirió que era una creación suya. Entre quienes han apostado por su autenticidad está uno de los economistas más relevantes del siglo XX, John Kenneth Galbraith, profesor de la Universidad de Harvard. No deja de ser curioso que, según las primeras informaciones, él podría ser uno de los quince responsables de aquel informe. «La opinión pública no está preparada para asimilar que esa sea la verdad», señaló. Después se sugirió que era el autor único y que lo que mostraba el escrito era una ácida crítica de cómo son las cosas. Sea verídico o no, sus planteamientos son duramente certeros.

Y ahí radica su importancia: dice una verdad... incómoda. Incómoda y profética.



Portada del informe Iron Mountain, en el que se dice que una sociedad en paz sale demasiado barata... Es mejor un sistema de guerra.

Los responsables del escrito, aunque apuesten por la paz, se muestran conscientes de lo complicado que es el proceso económico que vendría con la inexistencia de enemigos.

Efectivamente, cayó el muro de Berlín. Llegó ese tiempo. Había que cambiarlo todo.

Era el 9 de noviembre de 1989.

El comunismo se vino abajo. La guerra fría acabó. El mundo se quedó sin enemigos.

Meses después, Irak invadía Kuwait.

Ya estábamos a 2 de agosto de 1990.

La presión internacional se desató contra Saddam Hussein, el dictador que había sido amigo de todos los países importantes. Tras varios meses de amenazas, los aliados —y es que el lenguaje de la guerra fría, así como las técnicas propagandísticas, se mantuvieron frente a los nuevos enemigos, y la expresión «aliados» para referirse a los buenos ha sido una constante— atacaron Irak, que durante semanas estuvo bajo los más mortíferos bombardeos.

Mientras tanto, el nuevo mundo en el que la economía pasaba a dominarlo todo —pero que necesitaba escenificar guerras para mantener amenazas— seguía avanzando: «El aparato de pensar de Occidente inició la reconversión, y el medio utilizado fue el dinero», dice el filósofo Frank Schirrmacher. «La guerra fría no ha terminado, sólo ha cambiado el teatro del operaciones», concluye el pensador alemán, que recuerda como aquellos tiempos sacaron al depredador que llevamos dentro.

Y llegó el 11 de septiembre de 2001.

Las Torres Gemelas y el Pentágono fueron atacados. Los mayores símbolos del poder financiero y militar en el mundo se vieron seriamente amenazados. Era necesario responder con las armas ante un enemigo que ponía en riesgo la forma de vivir que teníamos en los países occidentales.

Apenas unas horas después, ya había un culpable.

Bin Laden se convirtió en el nuevo Stalin. Al Qaeda, su grupo terrorista, en la nueva URSS. Y, bajo esa premisa, los grandes acontecimientos, fecha tras fecha, fueron dando forma a la realidad

7 de octubre de 2001.

Las primeras bombas cayeron sobre Afganistán, país que daba cobijo y protección a Bin Laden gracias a los talibanes que estaban en el poder. El país, que ya atravesaba un agujero negro, siguió sumido en las tinieblas. No se perdió la guerra, pero tampoco se ganó. No importaba. Y es que en los nuevos tiempos, las guerras son demostraciones teatrales en las que ya no es necesario imponer la bandera del conquistador sobre el conquistado.

20 de marzo de 2003.

Una nueva guerra. Las bombas de los aliados comenzaron a caer sobre Irak, en donde se nos decía que había armas de destrucción masiva y se protegía el terrorismo islamista que ponía en jaque el capitalismo o, como nos decían, la libertad que representaban los pueblos occidentales a través de su sistema democrático. Tampoco en esta ocasión la guerra se perdió. Ni se ganó. Lo importante era el teatro y alimentar el mal, que tiene entre sus taras el vicio humano de contagiarse. Los terroristas, que antes no había, por mucho que nos lo dijeran, aparecieron en Irak y comenzaron a ejecutar norteamericanos...

1 de febrero de 2005.

Todas las agencias de noticias del mundo difunden la fotografía de un soldado norteamericano atrapado por las huestes de Bin Laden, que habían desembarcado en el país mucho después de ser acusados de estar ahí. El marine se llamaba John Adam y había sido secuestrado. Los captores amenazaban con que si las tropas invasoras no se iban del país, sería ejecutado de forma brutal. Entre los espectadores que veían la pequeña pantalla cuando se hablaba del caso estaba un hombre llamado Liam Cusak. Fue uno de los millones de espectadores que asistían a lo que con el tiempo se convertiría en un comportamiento habitual entre los terroristas islamistas: el secuestro y posterior degüello. Pero hasta entonces no se había producido ni un solo caso de estas características. Todos los dirigentes internacionales se llevaron las manos a la cabeza pensando en lo que podría ocurrir. «Esto es una locura que no se puede permitir», dijeron unos y otros. Pero Liam Cusak, que trabajaba para una empresa llamada Dragon Models, sabía algo más. Acababa de comercializar un

muñeco llamado Cody. «¡Dios mío! Si es él, si John Adam es Cody», exclamó entre horrorizado y avergonzado, porque Cody era la imagen de Adam, un Madelman de veinte centímetros de altura que alguien había puesto delante de la cámara. Bastó un poco de grano en la imagen para que la falsedad pareciera creíble y las víctimas utilizaran la amenaza para convencer al mundo de la necesidad de hacer frente al nuevo enemigo. Sin embargo, ni a ellos ni a los espectadores les hizo mella el hecho de que se acabara sabiendo que el soldado capturado era falso... ¡Se trataba de un muñeco! El tiempo ya se encargaría de que las personas hicieran reales ese tipo de atrocidades...

Mientras, varios puestos de poder global en países importantes los ocupaban viejos alumnos de la Universidad de Chicago. Algunos de ellos habían asistido a clases de economía, puesto que allí se dio forma a una escuela de pensamiento que preconizaba la desregulación de los mercados y la presunta libertad del liberalismo económico. Mientras, otros acudían, en la misma universidad, a las clases de filosofía, en las que un hombre llamado Leo Strauss ponía palabras doctas a todo el ideario que representaba aquel movimiento: «La mentira es el arma de los sabios, porque la verdad es propiedad nuestra y no debe revelarse a quien no está capacitado para conocerla. Así, a la sociedad, al vulgo, deben contársele mentiras que les sean reconfortantes para satisfacer sus necesidades». Y es que el informe de Iron Mountain decía que la guerra es un activador económico, y sugería que en el futuro sería necesario utilizar falsos enemigos, y que para construirlos y hacerlos creíbles sería necesario engañar a la opinión pública para continuar haciendo lo que desde arriba tan bien saben hacer: ganar dinero y dominarnos a todos haciéndonos creer que la felicidad que ellos venden es la única que sirve.

La profecía se cumplió.

Y la mentira gobierna el mundo como nunca lo ha hecho.

GENOCIDIO

La historia es una patraña.

Hay que borrar los malos recuerdos. Hacer que con el tiempo se crea una cosa, ocultando aquellas partes del relato que no encajan con lo que es ideal.

El 6 de abril de 1994 el avión Falcon en el que viajaba el presidente de Ruanda, Juvénal Habyarimana, entró en barrena. Cayó a un jardín a las afueras de Kingali, la capital del país. La casualidad, y el destino traicionero, hizo que se estrellara en su propio jardín. Murieron todos los ocupantes.

El avión en el que viajaba había recibido, minutos antes, cuando se acercaba al aeropuerto de la ciudad, el impacto de dos misiles tierra-aire. A bordo viajaban decenas de personas más. Venía de Dar es-Salam, la ciudad más poblada de Tanzania, en donde había participado en las negociaciones para intentar poner freno al clima de violencia que se vivía en la región.

El presidente pertenecía a la etnia hutu, una de las dos más importantes del país. Del atentado, casi al instante, se culpó a los tutsis, la otra etnia de Ruanda. Días después comenzó la matanza, alentada, especialmente, por los medios de comunicación controlados por los hutus. La Radio de las Mil Colinas, llamada posteriormente «Radio del odio», empezó a ser usada para transmitir mensajes contra los presuntos culpables. «Hay que matarlos a todos», decían. Se daban datos e indicaciones de dónde encontrarlos y cómo atravesarles el cuello a machetazos. A hombres, a mujeres, a niños...

Los siguientes tres meses fueron terribles. Murieron asesinadas 800.000 personas. Algunas fuentes hablan de más de un millón. Fue el genocidio más terrible que ha vivido la humanidad desde la segunda guerra mundial. A la mayor parte de las víctimas les atravesaron el cuello y les cortaron las cabezas, que comenzaron a llenar caminos, calles, bosques, sabanas... Pero no pocos murieron a balazos —el país estaba en guerra, así que tener armas era cosa habitual— y de otras formas. El denominador común fue el odio y la brutalidad. Al periodista francés Jean Hatzfeld le dijo uno de los portavoces de los genocidas: «Asesinarlos casi daba gusto... Ponía a los adolescentes en fila y les daba dos tiros por la espalda. Caían casi sin hacer ruido». Su frialdad en el relato, y la locura que mostraban sus palabras, fueron una constante en los cien días en los que el demonio bajó a la tierra y demostró que existía.

Hay una forma sencilla de ver las cosas: los hutus asesinaron a los tutsis porque sí, por culpa de conflictos tribales y enfrenta-



En la iglesia de Kibuye aún se pueden ver las calaveras correspondientes a los asesinados durante el genocidio.

mientos internos. En 2014 se cumplieron veinte años del genocidio y se insistía en que había llegado el tiempo de la reconciliación. Además, los índices económicos mostraban que el país crecía y se desarrollaba más que otros de la región, así que, dos décadas después de aquella locura, ya sólo quedaba espacio para las albricias y el recuerdo sentido de lo que no volvería a pasar... porque la reconciliación, decían, había llegado.

Hay otra forma de verlo menos cómoda y más real: todo tiene un por qué y unas razones, y parte de los culpables no había que buscarlos dentro de las fronteras del país, sino que el control por los recursos de Ruanda era vital para los ricos, hasta el punto de que enfrentar a las dos etnias según les interesaba.

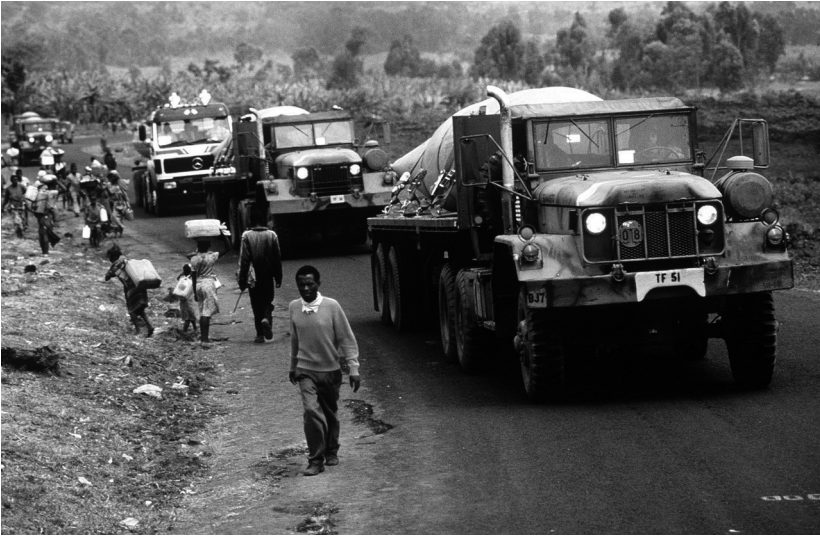
Antaño, el carné de identificación de los habitantes del país señalaba si una persona era hutu o tutsi. Esta barbaridad no la decidieron ellos, sino las potencias coloniales europeas a las que interesó resaltar esas características por razones económicas. Es más, científicamente no existía diferencia entre ellos, sino que se basaba en la labor económica que unos u otros realizaban. Los colonos belgas fueron quienes impusieron esa diferencia a principios del siglo XX. A los campesinos se los llamó hutus y a los ganaderos se los denominó tutsis. Autores como David Rieff no dudan en calificar esta falsa señal de identidad como una fantasía feudal de Europa, y recuerda que un hutu podía llegar a ser tutsi si económicamente podía dar el salto de la agricultura a la ganadería.

El sistema burocrático de Bélgica llevó a que la capacidad administrativa de Ruanda se desarrollara mucho. Se exportó la obsesión por las listas y las clasificaciones; y ese comportamiento fue el que se manifestó cuando, en 1991, los hutus confeccionaran censos en donde la supuesta diferencia racial quedaba de manifiesto. De esa forma, cuando comenzó la matanza de tutsis, los genocidas sabían dónde vivían, dónde trabajaban, dónde se movían... ¡Estaban señalados! Casos como este son los que a uno le hacen detestar la existencia del DNI, una rareza propia de algunos extraños países como España, en los que las clases altas —aquí, el poder económico y político— quieren tener vigiladas a las medias y bajas.

El conflicto que desencadenó el genocidio había comenzado mucho tiempo antes. La situación geográfica del país, desde el que se podía controlar la región de Kivu (República Democrática del Congo), muy rica en minerales, hizo que Francia, que fue sustituyendo a Bélgica en su ascendiente colonial sobre el país, se aliara años antes con el presidente del Ruanda. De hecho, el avión presidencial derribado por aquellos dos misiles había sido regalado al presidente del país por su homólogo galo, que entonces era François Mitterrand. En consecuencia, Francia apoyaba a los hutus para así acceder a las riquezas que quería. Así que si alguien quería cambiar las tornas y controlar esas riquezas lo que tenía que hacer era apoyar a los tutsis.

Con esa idea apareció en escena Estados Unidos. Ansiaba el control de la zona, porque los minerales que podía extraer de allí le interesaban para poder sostener su nivel de vida y su economía, y entonces, para conseguirlo, armó y apoyó desde un principio a las Fuerzas Patrióticas de Ruanda (FPR), formadas por tutsis. Al frente de ellos se encontraba un hombre llamado Paul Kagame. Cuando el genocidio ya se había llevado por delante casi un millón de vidas, la matanza de tutsis dejó paso a la venganza de hutus, ya con Kagame como presidente, cargo que seguía ocupando cuando se cumplieron veinte años de la tragedia que enfrentó a las dos etnias bajo la apariencia de una matanza, pero que en realidad era una guerra de Estados Unidos contra Francia, dos países que tradicionalmente se han enfrentado a través de terceros en África, que se ha convertido para ellos en un campo de batalla.

Cuando Kagame llegó al poder, el genocidio ocurrió del lado inverso. Los hutus fueron perseguidos por los tutsis y más de cien mil personas murieron, mientras que cientos de miles se refugiaron en Goma, ciudad que entonces pertenecía a Zaire, convirtiendo el campo de refugiados de esta ciudad en el mayor de la historia. El gobierno que estaba en el poder en 2014 obvió y ocultó esta parte de la historia cuando se conmemoraban los veinte años de la tragedia. Dos de cada tres habitantes del país nacieron después del genocidio, por lo que fue fácil enseñarles una historia distinta a la realidad. En las escuelas no se enseña que hubo venganza, sino consenso...



Cientos de miles de personas huyeron hacia el campo de Goma mientras se ejecutaba el genocidio de venganza de tutsis contra hutus.

Y aunque en la actualidad el país se vende al mundo como un lugar que ha superado todos sus problemas, la realidad es que se está cercenando parte de la historia a las nuevas generaciones. Ahora, los hutus están en la segunda división, y son los odiados. Kagame exhibe el crecimiento económico de Ruanda como carta de presentación al mundo. Y su parlamento, con un 64% de mujeres ocupando puestos como diputadas, se presenta como ideal. Lo que no se cuenta, porque está al margen de la doctrina oficial, es que primero mataron unos y luego los otros. Pero claro, el cien por cien de los medios de comunicación del país están controlados por el gobierno, que escribe los libros de texto (no hay otra forma de mantenerse en el poder durante veinte años) y cuenta la historia en una sola dirección. Hay más paz que entonces, sí, pero esa paz es frágil..

Hay muchas cosas que decir.

Y que recordar.

Sin la participación de la ONU, que ahora se pone galones, el genocidio no habría ocurrido. Como decía, el país estaba en guerra. A las luchas internas había que unir la lucha por el control de la región de Kivu, fronteriza, en territorio del Congo. Esa

es la región del coltán, el mineral gracias al cual se sustenta la tecnología del primer mundo. Eso hacía que el país estuviera ocupado por las fuerzas pacificadoras de la ONU desde unos años antes del conflicto. Al frente de ese ejército se encontraba el general canadiense Romeo Dallaire, que advirtió a sus superiores meses antes de lo que se estaba gestando. En su informe a la dirección de la ONU decía que la situación podría derivar en un genocidio. Más claro no podía ser. Las advertencias se repitieron, pero como los dos países implicados, Francia y Estados Unidos, pertenecen a las cinco naciones permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, la orden que recibió Dallaire fue la de no actuar. «Tomar medidas excedería de nuestras competencias», le dijeron.

La inacción de la ONU fue flagrante. Día sí y día también las advertencias sobre el terreno se multiplicaban, pero nadie hizo caso. El militar acusa directamente a Francia y señala que desde París se estaba protegiendo al presidente hutu y a los que acabaron siendo los gestores del genocidio. Las razones que movían a Mitterrand eran claras: si se eliminaba al enemigo se lograría el control económico que daban esas minas y que entonces proporcionaba quien se encontraba en el poder.

En mitad de la matanza, el gobierno francés, con el objetivo de poner a buen recaudo de la barbarie a sus compatriotas, puso en marcha la Operación Turquesa, pero tras un nombre tan luminoso se escondía otra oscura razón: sacar de Ruanda a los responsables de la matanza, que, sin embargo, estaban perdiendo el combate, porque mientras cortaban el cuello de sus enemigos desatendían los centros de poder, que comenzaban a ser controlados por Paul Kagame, que, como antes decía, en junio de 1994 se convirtió en presidente.

A partir del año 2000 se fueron conociendo detalles sobre el atentado contra el presidente del país. El avión en el que viajaba había aterrizado previamente en Ginebra, donde varios miembros del ejército de Burundi lo examinaron. Los responsables de esa revisión fueron tutsis que estaban apoyando a Kagame. Uno de aquellos hombres fue detenido por Francia y llevaba encima notas en las cuales se explicaba que el FPR pretendía atacar el

avión. Tampoco nadie hizo nada. Dallaire, tiempo después, cuando explicaba lo sucedido, señaló que la orden de que no interviniera estaba encaminada a que se produjera el genocidio. Francia fue la principal responsable de aquella inacción, pero no duda en decir que Estados Unidos también deseaba el genocidio.

Todos intentaron tapar la realidad. Se creó una comisión oficial para que se investigara el atentado que provocó la locura. Estados Unidos, mediando con su fuerza en la ONU, encargó a los dirigentes tutsis, que claramente estaban detrás de los hechos en su primera fase, que investigaran el derribo del avión. Es como si se pide al asesino que se juzgue y que dicte sentencia. En 2010, esa comisión puso sello de verdad oficial a los hechos y dieron la vuelta a los acontecimientos: «El avión del presidente hutu fue derribado por extremistas hutus».

Y aquí paz y después gloria. Todos mintieron. Todos se lavaron las manos.

Es el mundo en el que vivimos: el mundo de Pilatos. Un mundo con máquinas, ordenadores y teléfonos que funcionan, al precio que funcionan y de la forma que lo hacen, gracias a que hubo una guerra, un genocidio, presidentes tiranos...

Este es el mundo (in)feliz en el que vivimos.

Thomas Kamilindi era un profesional de la radio. Como yo. Trabajaba en Radio Ruanda y entre sus antiguos compañeros estaba Eliézer Niyitegeka, que fue nombrado ministro de Información del gobierno. Seis días después de iniciarse la matanza, lo llamó por teléfono. Quería verlo para saber por qué había dejado su puesto de trabajo después de que se usaran los micrófonos de su emisora para lanzar mensajes de odio contra los tutsis. «Lo hice por conciencia», le respondió. Luego llegó la amenaza, que sonó a sentencia de muerte: «De acuerdo: que decidan los soldados», le dijo. Cuando volvió a su casa, los soldados ya habían estado en ella y le mostraron a su mujer una lista en la que aparecía su nombre como una futura víctima. Horas después, los militares volvieron. Lo invitaron a acompañarlos, le golpearon, le llenaron la cabeza de golpes y le tendieron un papel para que dejara escritas sus últimas voluntades: «Escribe una carta a tu mujer y di lo que quieras... porque vas a morir».

Ya bastante asqueroso es todo como para que esta historia acabe mal, por eso la he seleccionado entre miles similares. Thomas logró huir y salvó la vida, pero la suya hubiera sido una muerte más. Hubo siete muertes cada minuto durante aquel genocidio. Ahora para de leer nueve segundos. Te ayudaré.

[]

Es más o menos una línea. Por eso la he dejado en blanco. El tiempo que hubieras tardado en leerla es el tiempo que pasaba entre muerte y muerte durante aquellos infernales días. Imagina cien así. En todo el país murió una de cada siete personas. ¿A que se dice pronto? Ahora mira a tu alrededor. ¿Tienes ordenador? ¿Tienes tableta? ¿Tienes teléfono móvil? Que sepas que ahí dentro —gracias a los minerales que se usan para fabricarlos y que funcionan— va la vida de todas esas personas. Murieron para que tú (y yo) tengamos eso. No tienes la culpa. No mataste a nadie en Ruanda, pero es bueno que sepas lo que ocurrió y que hagas algo con la información (que al menos sepas la verdad de lo ocurrido) para que este mundo de mierda se limpie un poco.